

The Mirror Column  
10-19  
Bishop William Joensen

### Casa del Árbol

Dados los abundantes gestos de hospitalidad, bienvenida y las promesas de oración y apoyo que me han ofrecido en las semanas antes y después de mi ordenación e instalación como su 10mo obispo, si no recuerdo el sentimiento de ser extremadamente querido por los próximos – Dios mediante – 16 años, ¡entonces algo no me funciona bien! Sigo verdaderamente en deuda y en agradecimiento con todos aquellos que de alguna forma planearon, sirvieron y participaron en unas liturgias muy verdaderamente sublimes y guiadas por el Espíritu. Se que muchos invitados y amigos que vinieron de fuera de la Diócesis de Des Moines estaban tremendamente impresionados con la experiencia. También me doy cuenta de que probablemente me va a tomar meses o tal vez años el comprender lo que sucedió cuando se me ordenó como un sucesor de los apóstoles y se me confirió a esta iglesia local como su pastor.

Tuve el privilegio de celebrar Misa en la Basílica de San Juan a inicios de octubre para conmemorar el 30 aniversario de cuando esta iglesia fue elevada a la distinción de basílica menor – lo cual se llevó a cabo 10 años antes de la histórica visita del ahora Santo, Papa Juan Pablo II a Living History Farms. Se me vino a la memoria el trabajo del silvicultor alemán Peter Wohlben en su libre, *La Vida Oculta de los Árboles: Qué Sienten, Cómo se Comunican* (*The Hidden Life of Trees: What They Feel, How They Communicate* es su título en inglés). Él explora la vida social de los árboles en términos basados más en la antropología que en la horticultura: los árboles tienen “necesidades sociales, transfieren conocimiento a las siguientes generaciones y envejecen con dignidad.” Pero para poder lograrlo, deben cooperar no solamente los unos con los otros, pero también con otras especies, como es el caso con las amplias redes de raíces, en

donde los árboles dependen de los hongos para recibir nutrientes en la “red amplia maderera” de relaciones bajo tierra que se asemejan a un sistema nervioso. Y el nivel superior de vida, en donde se toma en cuenta la pertenencia a una comunidad. “El árbol promedio extiende sus ramas hasta que se encuentra con las puntas de las ramas de un árbol vecino de su misma estatura.” No crece a lo amplio, acaparando el espacio y la luz que ya han reclamado otros, sino que refuerza las ramas que ya ha extendido – no en una competencia de empujones, pero de una cierta amistad natural en donde todos tienen cuidado de no tomar del otro – y a la misma vez permaneciendo conectados en la raíz hasta que ellos puedan ultimadamente morir juntos.

No solamente la basílica, en toda comunidad parroquial, con sus hermosas características, representa algún tipo de típico bosque. La gente de todas las edades – aquellos quienes aún están creciendo, tratando de extender sus ramas, o aquellos que buscan reforzar la fortaleza que ya han desarrollado, o aquellos que simplemente tratan de sobrevivir – todos son vitales para la vida de la iglesia. Cada miembro tiene la capacidad única de hacer sus sacrificios y de servir a Dios al grado que importa más que cualquier costoso material de construcción. En los ojos de Dios, la gente es el adorno más hermoso que decora una iglesia; Jesús mismo nos sigue nutriendo, extendiendo los brazos de su Espíritu de vida y ofreciéndonos su amor, y fortaleciéndonos con la fuerza para ser portadores del Evangelio para el mundo – un mundo que frecuentemente parece estar enredado en la apatía, incredulidad, violencia y miedo. En la Misa y en otras liturgias, nosotros colaboramos con Cristo en su obra salvadora de amor hasta la muerte en una cruz. Él nos alimenta no con los nutrientes orgánicos sino con su propio Cuerpo y Sangre en un profundo acto de gratitud que el Padre nos ha dado en Él.

Los pastores de la Iglesia enseñaban sobre la naturaleza de la Iglesia en el *Lumen Gentium* / *La Luz de la Humanidad [LG]* del Concilio Vaticano Segundo. Parfraseándolo un

poco, nos exhortan a darnos cuenta de que sobre todos los laicos bautizados recae la noble tarea de trabajar para ampliar el plan divino de salvación a las personas de todo tiempo y territorio... Y lo hacen ofreciendo alabanzas espirituales para Gloria de Dios, lo mismo por medio de sus oraciones y sus obras, por los casados y en la vida familiar, las ocupaciones diarias [incluyendo los estudios], reposo físico y mental cuando se hacen dentro del Espíritu e incluso en las dificultades de la vida. Todos estos son sacrificios espirituales conectados juntos en la red mundial espiritual que se lleva a cabo en la Eucaristía, consagrando el mundo mismo a Dios (ver LG nn 34-35).

Ya sea que pertenezcamos a la Basílica o a otra parroquia urbana, o comunidad rural de fe, nos resistimos a cualquier tendencia de pensar que somos especiales o a cualquier tentación de entrar en “luchas de empujones” con otros árboles, otros arbustos en el “bosque” que es la Diócesis de Des Moines. Tal vez somos un poco más altos (¡o incluso usamos una mitra puntiaguda!) mayores, más ampliamente extendidos o venimos de líneas culturales o genéticas diferentes, pero nos llenamos de humildad cuando recordamos que estas distinciones no están hechas para enfrentarnos los unos con los otros; ellas están allí para contribuir a la vitalidad de todos los miembros de la comunidad. Esto sucede cuando tomamos a consciencia lo que San Juan Pablo II nos ordenó a hacer hace 40 años: compartan los frutos de su trabajo, para contribuir con los demás el conocimiento que hemos obtenido, para promover el desarrollo y la defensa al derecho del trabajo por igual de quienes viven en el campo y en la ciudad. Nos presentamos y nos conectamos a una comunidad de amor en donde se da reverencia a la naturaleza, se comparten las preocupaciones, y se alaba al Señor en gratitud.

De nueva cuenta, he tenido la bendición de ser asignado a ustedes; que sigamos ofreciéndonos los unos a los otros la misma actitud receptiva que me ofrecieron a mí, para que todos podamos florecer en el bosque de la vida de Cristo.